

Alocución radial del Arzobispo de Corrientes, Mons. DOMINGO S. CASTAGNA

LA SANTÍSIMA TRINIDAD

22 de mayo de 2005

Juan 3, 16-18.

1.- El amor une a las personas. La liturgia de este día nos ofrece un texto evangélico redactado por San Juan. Conocemos la visión del Apóstol. Es el perspicaz intuitivo de Dios en su relación con los hombres. Lo define simple y acertadamente: “*Dios es amor*”. La solemnidad de la Santísima Trinidad deja de manifiesto que el amor es una relación que une a las personas. Partiendo del Misterio originante se comprueba que el término—síntesis de Dios Trino es el Amor. En él se realiza la unidad perfecta e indestructible. Jesucristo – en la visión del Apóstol – es la revelación de la Trinidad en la humanidad asumida. El simple texto es claro: “*Si, Dios amó tanto al mundo, que entregó a su Hijo único para que*

*todo el que cree en él no muera, sino que tenga Vida eterna*”.<sup>[1]</sup> La Vida procede del amor y llega a su perfección creada en el amor. La ausencia del amor entre los hombres, en sus diversas manifestaciones de odio, violencia y destrucción, es muerte. Si el cristianismo es la religión del amor, su virtud supera el mero altruismo, y colma las medidas románticamente imaginadas. Su causante es Cristo que lleva el amor al ofrecimiento de su vida en la Cruz. De allí la exigente enseñanza por Él testimoniada: “*Pero yo les digo a ustedes que me escuchan: Amen a sus enemigos...*”.<sup>[2]</sup>

2.- La imagen negada de la Trinidad. El hombre está destinado a ser imagen de la Trinidad. Debe, por lo mismo, realizar la unidad como se manifiesta en la Trinidad. Su constitución esencial señala la vocación al amor y a la unidad. Debe hacer que sus relaciones personales logren, del género humano, una familia a imagen de la Trinidad. Al comprobar el inconveniente paralizante de la división, causado por su original negativa a la comunión con Dios y con las otras personas, advierte la necesidad de ser socorrido. Necesita ser salvado de su situación de dramática dispersión. Únicamente Quien le ha dado la vida por amor podrá recuperarlo al amor perdido. Lo hace en Cristo: Dios encarnado, revelador en su carne – como la nuestra – del Amor de su Padre y suyo. En Él accedemos a lo humanamente inaccesible, destruyendo el pecado y la muerte. El mundo transita caminos de muerte cuando da lugar al odio y a la guerra, a la violencia terrorista y a la injusticia contra los más pobres, al atropello de los derechos humanos, especialmente al de la vida. Por lo que se ve y promueve se advierte la urgencia de la acción de Dios. Jesucristo revela el Misterio de la Santísima Trinidad como causa de nuevas relaciones entre las personas y los pueblos. Es preciso estar atentos y entender que esa Revelación trasciende los términos literarios que adopta. Es una infusión de Vida que elimina la muerte. La personaliza Cristo - “*yo soy la Vida*” - y la ofrece a quienes creen en Él. El llamado constante “*a la obediencia de la fe*”, que los Apóstoles formulan, es un acceso al Señor para la adhesión honesta y comprometida de los creyentes. La Iglesia, heredera de los Apóstoles, no cesa de constituir el llamado a la conversión en su principal empeño misionero.

3.- Acortar distancias por el diálogo. De allí que minimice la esgrima mediática con quienes piensan lo contrario. Exige el espacio que le corresponde en la sociedad y un trato respetuoso. Es triste que, no solamente con ella sino también con otros creyentes, se produzca una inexplicable discriminación muchas veces concretada en ofensas graves e incalificables acciones persecutorias. Hemos comprobado, en quienes toman posiciones beligerantes ante los Pastores de la Iglesia, la utilización de la mentira o de razones no chequeadas con responsabilidad. El Evangelio inspira, en quienes se han dejado interpelar por él, actitudes de profunda comprensión y de firmeza en la exposición de la Verdad. Del Espíritu de Dios - que inspira su redacción - nace la extraña capacidad del diálogo entre los diversos. En

el diálogo se produce una cercanía que reduce notablemente las distancias intelectuales y culturales; inevitables entre las personas, los grupos y los pueblos. Lo importante es acortar esas distancias para que los aportes diversos contribuyan al enriquecimiento de todos. La consecuencia del pecado es la división y no la diversidad. Unir no es lo mismo que unificar. El fruto inmediato de la Redención es la unidad, mediante un proceso – posible por la gracia – llamado “*reconciliación*”. El discurso no logra ser más que un discurso. Se debe avanzar hacia el compromiso en la edificación del Reino terrestre para que el esperado como perfección – el celestial - no sea una quimera irrealizable.

4.- Dios, modelo de los hombres. Todo anhelo de perfección abre la perspectiva de una llegada al ideal trascendente. Dios, en su Misterio Trinitario, se manifiesta como modelo del hombre y de sus relaciones. El mismo Jesús pone al Padre Dios como modelo a imitar: “*Sean perfectos como el Padre Celestial es perfecto*”. Los hombres buscan, entre sus pares, modelos y referentes para arreglar o acomodar sus vidas en sociedad. Siempre se equivocan, porque no aciertan con el modelo adecuado. La armonía interna de la Santísima Trinidad intenta, con posibilidades de logros ciertos, hacer de las relaciones personales y entre los pueblos su auténtica imagen. Allí está la posibilidad verdadera y el saludable alejamiento de todo fraude. Las comunidades cristianas primitivas constituyen ejemplos de “*imágenes de la Trinidad*”. Por serlo manifiestan una especial atracción para quienes se ponen en la búsqueda honesta de la Verdad. La agregación de éstos a las comunidades admiradas resulta el fruto de una auténtica evangelización por presencia e irradiación. Al celebrar esta Solemnidad reiteramos nuestro credo y el compromiso bautismal por respetarlo. - “*La Iglesia es una comunión*” – definían los laicos su propia experiencia cristiana en tiempos del Papa Pio XII. Es consecuencia necesaria de la profesión de fe que nos identifica como cristianos. Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo se hace ver por el mundo en las auténticas comunidades de fe, esperanza y amor. Cuando alguna de ellas permite la quiebra de su unidad esencial: la caridad, ofrece una imagen distorsionada, hasta falsificada, de Dios.

5.- El signo de la Cruz y la fórmula trinitaria. La incredulidad profesada por un número creciente de ciudadanos indica, ciertamente, que los creyentes han perdido el vigor de su testimonio de fe. Es doloroso pensarlo e infinitamente más doloroso comprobarlo. El mundo necesita que la imagen de Dios Trinidad aparezca en las relaciones humanas. Nada es más eficaz, para curar del error, que la existencia de la Verdad. En nombre de la Trinidad hemos sido bautizados. Nuestra vida temporal ha recibido el signo indeleble del Misterio de Dios como Cristo lo sigue revelando con su presencia pascual. Celebrar la Eucaristía es proclamar a Dios, Unidad y Trinidad, en el ropaje escogido por su Mesías. Cristo es el revelador del Misterio trinitario, su imagen perfecta, el modelo para que los hombres consigan concretarlo en la historia y así alcanzar la perfección que les corresponde por vocación. Es tan simple – no fácil – introducir esta perspectiva evangélica en una sociedad cercana al pensamiento y al espíritu cristiano. No debiera resultar extraño hablar de Dios, revelado como Trinidad, en una población que exhibe el signo de la cruz y pronuncia al fórmula trinitaria. Por ese sendero religioso se puede acceder a proyectarla eficazmente en las difíciles relaciones personales.

---

[1] Juan 3, 16.

[2] Lucas 6, 27.

---

[Volver](#)